

su amigo Benito Arias Montano, como librero mayor de El Escorial, era el encargado de recibir, evaluar y organizar todos los libros destinados al monarca. Hernández comprendió, enseguida, que la valoración que Montano hiciera de su obra influiría decisivamente en la opinión real.

Fue en esos días de forzado reposo en Jerez, cuando le escribió la bella carta, redactada en hexámetros latinos, que aún se conserva. Comienza así: No desprecies, Montano, a tu viejo compañero que acaba de arribar a las orillas de Asta, quien en otro tiempo tuvo la fortuna de verte por primera vez y de conocerte en tierras de Rómulo. Más adelante, le expone sus miedos acerca de lo que podría pasar con su obra y le pide protección para ella: Hay quienes ladran detrás de mí y, envidiosos, desparraman venenos, y tratan de condenar mis inocuos trabajos... Acógeme a mi vuelta, zarandeado por tan numerosas vicisitudes, y protégeme en tu regazo.

Parece que el anciano Hernández, atrapado en sus paranoias, veía enemigos y confabulaciones cortesanías contra su obra, destinadas a robarle la gloria que solo él merecía. En su punto de mira estaba su antiguo compañero de la universidad de Alcalá, Francisco Valles, a la sazón médico de Cámara de Felipe II, Protomédico General de todos los reinos y señoríos de Castilla, autor de numerosas obras editadas en diferentes países y, que además, (era lo que más asustaba a Hernández) formaba parte de la comisión que asesora a Montano en la organización de la biblioteca de El Escorial. Por eso, en su carta, luego de presentar un inventario comentado de su obra, insiste en el peligro que le acecha por parte de aquellos que, sin haber sufrido penalidad alguna, intentarán enjuiciarla: ¿Qué juez censor, que no haya visto nunca nacer una hierba o que no haya visto mis libros y mis duros trabajos puede ser competente?

A la espera de poder verle para que pueda yo saludarte y tú puedas conocer todo lo que se refiere a mis cosas, le encomienda sus libros: Así pues, ilustre varón, lee mis libros y, si no te parecen indignos, acógelos como obra de un querido hermano y, si me haces este favor, me tendrás atado a ti eternamente.

Tras el breve descanso, ansioso como estaba por presenciar la delicada operación del desembarco de sus pertenencias, emprendió viaje a Sevilla en carruaje. Llegó a tiempo, pero, ante el frío del invierno que se acercaba, desistió de llevarle al rey las plantas vivas que tantos cuidados habían



exigido durante la travesía. Así que con gran pena y tras conseguir el permiso necesario del alcaide Don Enrique de Guzmán, se ve obligado a dejar una de sus grandes bazas ante el monarca, en los jardines del Alcázar, según aparece registrado en el libro correspondiente del Consejo de Indias. En él se consigna: Vino de Nueva España el doctor Francisco Hernández y trajo muchas plantas y semillas que se plantaron en los jardines del Alcázar, como al dicho pareciese, el 16 de septiembre de 1577.

Cada vez más impaciente por encontrarse con Felipe II se pone en camino, los primeros días de octubre de 1577. Viajaba en litera transportada por dos mulas que controlaba un acemilero. Le seguía una caravana de mulas que cargaban los fardos y arcas con los libros. Los quince o veinte días de duro camino y de posadas poco confortables volvieron a poner en peligro su vida. Lo único que le impedía no desfallecer era su ansiedad por recibir el reconocimiento real, y lo que para él era más importante, conseguir la impresión de su obra, para que pudiera ser conocida y admirada.

Estaba convencido que merecía los mayores honores porque había descubierto más plantas nuevas que todas las conocidas hasta entonces; muchas de ellas medicinales, de propiedades casi milagrosas, nunca sospechadas. Creía que el rey le comisionaría para ir a Italia o a Flandes, en donde estaban los mejores impresores, capaces de imprimir su obra con la calidad que se merecía.

Antes de llegar a Madrid se detuvo unos días en Toledo para abrazar a sus hijas. Encontró que aquellas dos adolescentes que había dejado en el convento de San Juan de la Penitencia, se habían convertido en jóvenes casaderas de las que debería ocuparse. Al mismo tiempo, necesitaba arreglar las cuentas de las propiedades que había dejado a cargo de su vecino y amigo Diego Martín. Llegaba arruinado y requería de algunos dineros para instalarse en la corte, hasta tanto no recibiera las mercedes reales. Aún permaneció en Toledo algunos días más para recuperar fuerzas y saludar a los pocos amigos que todavía vivían y visitar a los familiares de aquellos que habían fallecido en su ausencia.

Con la emoción a flor de piel, Hernández partió una fría mañana de noviembre hacia Madrid. Aún le quedan dos días de viaje con noche en Illescas y luego alcanzaría, al fin, la gloria y el merecido descanso.